

## La República española y Juan Montalvo

---

Un gran pueblo de Hispanoamérica, el Ecuador, alberga en su seno un exquisito cesto de escritores sugestivos y sumamente notables en el campo de las Letras hispanas. Tal grupo ha conmemorado el homenaje a Juan Montalvo, pero en España, que ha sido escenario de ciertas meditaciones sospechosas del gran maestro, nunca ha tratado de honrar la memoria del mismo ni siquiera la de otros varones de América. Véase, pues, que escasos escritores españoles conocen la obra montalvina, y aunque sea inmodestia, fuimos nosotros los autores directos de algunos pequeños homenajes a su obra.

Se acerca el mes de abril y nos viene a la memoria el famoso 13 del mismo mes en que naciera Montalvo, allá por el año 1832, al lado de uno de los grandes volcanes de la provincia de Tungurahua. Ambato, capital de dicha provincia, está situada en una pintoresca hondonada, bordeada por el río de su mismo nombre, cuna pueblerina del autor de *Algunos capítulos que se le olvidaron a Cervantes*.

Nacido Montalvo en un país de altas montañas donde el día es perennemente azul porque el triunfo de la luz en horizontes espléndidos, proyecta sobre la tierra el color de los espacios con amable sensación de plenitud, de inocencia y alegría; deleita su alma con cuanto hay de grande en la Naturaleza. La aurora de la vida juvenil le retenía en la aldea andina; pero escapándose de ella con una obstinación sorprendente..., hasta que se libra del opresor ambiente de su caserío nativo. La somnolencia del valle le hacía separarse de entre la dulce convivencia de los seres amados y el íntimo goce de la labor espiritual. Singular condición la suya, con la fe del carbonero, hermano del indio, canta las tristezas hogareñas y aplaude las glorias de la raza, acertando la inspiración cosmopolita que nace trascendental en el fondo, dejando un germen para el arte definitivo. Caso excepcional el suyo, donde la herencia y el atavismo se han manifestado de modo sorprendente; Montalvo tenía que ser el hidalgo y noble en las prosapias de la pluma, genio de las Letras y de la dignidad. La objetividad circundante contribuía a

ello. Este medio no puede hacer sino escritores fuertes y de libre pensamiento; toda su vida era un continuo batallar de la libertad contra la tiranía; porque su verbo fué como una forja de palabras, en la que siempre se veía un martillo de cíclope en su mano, unos huesos de déspota crujiendo triturados, y una cadena enrojecida rechinando bajo los martillazos. Por eso, Juan Montalvo es el fiel reflejo de la herencia, del atavismo y del medio. Su Literatura lo comprueba con exactitud matemática. Para él la aristocracia y el liberalismo, unificados en belleza, si es que podemos entender por aristocracia la de los pergaminos y por liberalismo el desconocimiento de toda selección, es todo; alma, vida, corazón.

El diario contacto con el amor y la piedad, en íntima defensa con la libertad y la justicia, cuatro troncos de lo bello, cuatro salpicaduras estéticas de su liberalismo, el alma de este «vivaz y fluyente como la inspiración, macizo como el carácter y sabio y consciente como la reflexión», se recoge a sí misma con unción de novicia, y hace nacer el poema de un artista de la pluma, para quien fué sólo la vida una sucesión de temas literarios, ocasiones de florecer en frases y conceptos ritmicos, materia de belleza, como las canteras para el estuario, como los sonidos para el músico, como las piedras preciosas para el orfebrista. Porque la obra de Montalvo es un gran poema de arte y pasión, celaje y trueno, un enorme poema quijotesco. Pero es la quijotada más sana de este mundo. Ni invita a la duda, ni impulsa a la rebelión. La gran dosis de serenidad con que está recargada, hace que abra sobre ella sus alas, la resignación. El llamado mal del siglo con su bárbara concepción del sufrimiento, no envenena el agua de las cisternas en que abreva el escritor. Tampoco la ansiedad interrogatoria le plantea problemas, de solución imposible. No es un atormentado. El sabe que una vez muerto su cuerpo dormirá en la tierra para pasto de los gusanos y que su alma irá hacia donde Dios lo quiera. Por eso no es un atormentado y antes bien, cuando una inquietud humana viene a turbar la serenidad de su confianza, se afirma en la creencia, cuyo enigma hay que buscarlo en el vigor sin medida de una personalidad cuya fuerza de independencia llegó hasta no dejarse influir por el ambiente humano. De aquí también una característica de Montalvo, la sencillez, la virtud de la sencillez.

Sus mejores obras, como *El heraldo de las siete catilinarias*, reposan en la simplicidad y naturalidad que es la base sobre los que se levantan los monumentos de la sinceridad.

En la mente de Montalvo fulguraba la obsesión de la Patria envilecida. El Quijote de los Andes ante la «división del pueblo ecuatoriano».

riano en tres partes iguales, que hiciera García Moreno, su Dictador Presidente por entonces, dedicando la una a la muerte, la otra al destierro y la última a la servidumbre, arrojó su palabra, esta vez con visos de hecatombe en el folleto «La Dictadura Perpetua»; y ese «poema» estético que dirigiera desde Panamá, llegó a su país como un eco de sangre. En el Ecuador caía, para no levantarse más, García Moreno, en el propio palacio de su despotismo, como caerá del mismo modo Juan Vicente Gómez, el cacique Venezolano. Y entonces, el panfletario insigne, «erguido en su ostracismo», clavó su dedo de venganza hacia su patria lejana *Mi pluma lo mató*. Hermosa acción. «Mi pluma lo mató». El poeta cubano Santiago Argüeso, con una pura concepción psicológica del acto montalvino, dice: «En aquel gesto había algo de olímpico. No lo encendía el odio; lo hacía irradiar la redención. Era el orgullo de la llama, que sabe que ha arrasado, pero sólo para fertilizar. No era un grito de júbilo por la muerte de un hombre; era un himno sagrado por el nacer de un pueblo. Porque entre esas heridas iba a nacer la patria, y entre las charcas de esa sangre a retoñar la libertad. Su pluma guió al puñal. Y como la pluma iba inspirada por el Dios de los pueblos, la pluma, entonces, divinizó la puñalada, porque hizo de ella una cirugía de Dios.»

La blanca montaña que evocó Juan León Mera para la leyenda indígena «La virgen del sol», brilla allá entre cíclopes: «En las faldas de este volcán nació Montalvo. El Chimborazo se halla en la rama opuesta de los Andes, y por consiguiente un poco más lejano de Ambato. Chimborazo, Cotopoxi, Tungurahua, he aquí los tres testigos que concurren al nacimiento de Montalvo, que le enseñaron a mirar hacia arriba desde niño, que deade sus cumbres le mostraron el de la grandeza, que no mora jamás al ras del suelo. Montalvo no aprendió el gusto de las imágenes en ningún libro antiguo ni moderno; lo aprendió en el libro de los Andes.»

Montalvo fué el maestro máximo de la tierra de Colón y el exquisito conductor de los espíritus libres, democráticos. Y como decía Argüeso «iba a colgar la tizona paladinesca, a reclinar la sién sobre la almohada de una paz bienhechora; pero la zarpa de la lucha lo siguió hasta París. La paz vendría pero con el sepulcro. Y Montalvo se incorporó en su lecho, para responder al campanazo de la excomuniación con su célebre *Mercurial Eclesiástica*, el postrer aletazo del cóndor malherido».

Desde aquellos instantes vivió separado, como un Robinsón, de todo contacto con la vida real. Y triste, como nuestro maestro Cervantes, como nuestro Blasco, le halló la muerte. Su herencia perdura a través de

los años; legó a su patria el robusto pensar y la estética; el amor a Grecia y Roma y Sagunto y Numancia personificadas en sus heroísmos y virtudes.

Así se fué aquel hombre férreo, que tuvo tres amores: la mujer, el arte y la libertad; que odió con ímpetu, porque amó con ardor; y que si vivió siempre pobre, porque no tuvo dinero; siempre vivió limpio, porque tuvo vergüenza.

JESUS LEA NAVAS.

(El Robinsón literario de Hispania)

Madrid, 1934, marzo.

